

3

¡Luz del amor! ¡Te pareces al oro y a la muerte!  
 ¿Brilla para mí en la noche la imagen del tiempo luminoso?  
 Sed bienvenidos, amables jardines, montañas crepusculares,  
 y vosotros, silenciosos senderos del bosque,  
 testigos de la alegría celeste, y vosotras, estrellas de alta mirada  
 que, a veces, me contemplasteis como una bendición,  
 y también vosotros, amantes, y vosotras, bellas hijas de un día de mayo,  
 apacibles rosas, y vosotros, lirios, a quienes invoco a menudo.  
 Vuelve ya la primavera, un año atraviesa a otro,  
 dando vueltas, luchando, como se descarga el tiempo  
 sobre la mortal cabeza, aunque no ante felices ojos,  
 y una segunda vida es regalada a quien ama.  
 Puesto que todos los días y años de las estrellas fueron  
 Diótima, ahora se reúnen en nuestro derredor, íntimos, eternos.

4

Nos hemos reunido con satisfacción, como los cisnes amantes  
 cuando reposan en el agua o, acunados por las olas,  
 se miran en la profundidad donde nubes de plata se reflejan  
 y el azul del aire ondea entre las naves.  
 Así atravesamos la tierra. Rugió el viento del norte,  
 enemigo de los amantes, y el follaje de las ramas sintió  
 su disperso lamento, y en él flotó la lluvia;  
 reímos plácidamente, sintiendo la unidad de dios  
 entre dichos venturosos, canto del alma, solitario,  
 alegre, infantil, sosegado ante sí mismo.  
 Pero aún la casa está desierta para mí, y me han quitado los ojos,  
 y me he perdido con ellos.  
 En torno suyo voy vagando y vivo como las sombras,  
 insensiblemente. Me parece deber cuanto me falta.

5

Podría regocijarme y cantar con los otros, pero ¿dónde?  
 Todo dios está solo. Me faltan los dioses.  
 Por ello mi ausencia prorrumpe en maldiciones,  
 ante todo lo que ve y se vuelve en cada lugar del que parto;  
 insensible estoy ante el día, mudo como los niños,  
 sólo en los ojos siento la dulzura de mis frías lágrimas;  
 me acongojan las plantas del campo y el canto de los pájaros;  
 aunque las alegrías sean mensajes del cielo  
 en mi pecho se pone un sol estéril, resplandor de la noche,  
 y el cielo, muralla de prisión, encorva su peso  
 y lo sostiene sobre mi cabeza.

6

¡Ya otro me reconoce! ¿Me devolverá a mis oraciones?  
 ¿Me llevará de regreso algún sendero?  
 Sé lo que ocurre por la disolución de los dioses:  
 ante ardientes ojos te sientas a la mesa venturosa  
 pero más tarde, hartado, huésped excitado, enmudecido,  
 oyes cantar al aire, te despiertas en la tierra cubierta de flores,

y el poder de un prodigio te une a los demás, a los ebrios,  
y te fuerza a errar nuevamente por el verde campo.  
Sagrado aire fluye y atraviesa divinamente la luminosa forma  
cuando la fiesta se anima; y las olas del amor se vuelven lluvia,  
y, embebido de cielo, pasa raudo el torrente de la vida,  
cuando resuena la profundidad, y la noche tributa sus tesoros  
y en el corazón del arroyo el oro oculto brilla.

## 7

Oh, tú, ante quien me incliné en la encrucijada  
por consolar a la belleza,  
tú, supremo ante la contemplación,  
tú, más regocijante que los dioses ante el canto,  
silencioso como ellos, sabio en la paz del espíritu,  
¡hijo de dioses! como entonces apareces ante mí y me saludas,  
¿me hablarás, como entonces, de altas cosas?  
Lamentarme debería, y llorar ante ti, al pensar  
en tiempo más noble, del que se avergüenza mi alma.  
Larga, muy largamente te he buscado en la locura,  
por los fatigados senderos de la tierra,  
sin saber que te habitaba, espíritu, amigo mío y mi guardián.  
Pero ya, en torno, los años se desgarran  
y habremos de prever el incendio de la tarde.

## 8

Oh, heroína, sólo a ti eleva la luz en la luz,  
y el martirio en el amor, oh, bienhechora  
que ya no estás sola nuevamente; floreces entre juegos  
y descansas sobre las rosas de los años;  
el mismo padre, entre musas que en su torno suspiran,  
te envía los más dulces cantos de cuna.  
Ella lo es todo y se desliza de la cabeza a los pies,  
en calma, como antes Palas Atenea.  
Tu resplandor, espíritu amigo, cae sobre los mortales,  
bendición y certeza, desde tu frente febril.  
Así me engendraste y me incitaste a repetirte,  
aunque ya no crea, aunque nada sea inmortal,  
puesto que orgullo y rabia y alegría y áurea jornada  
diariamente llegan a su fin.

## 9

¡Así os quiero, oh, celestiales! Os he de agradecer, también,  
cuando suspire suavemente en mi pecho, otra vez, la plegaria del cantor.  
Y cuando, en la solar altura, conviva con vosotros,  
un dios viviente hablará conmigo en el interior del templo.  
Por ello es que también quiero vivir y verdecer ya mismo.  
Desde sagradas liras me llama Apolo, en lo alto de argéneas montañas.  
Ven, todo ha sido un sueño. Ha curado ya el ala ensangrentada  
y toda esperanza vive y rejuvenece.  
En busca de grandezas, el camino me conducirá a los dioses.  
Llevadnos, vosotras, nobles horas consagradas.  
Permaneced, divinas provisiones de la juventud, ruegos fieles.

Y vosotras, formas del espíritu, y vosotros, genios benéficos  
 que, complacidos, os quedáis junto a los amantes;  
 acompañaos hasta que lleguemos al suelo común,  
 allí, donde los venturosos se aprestan a descender en la profundidad,  
 allí, donde residen los nobles, y las constelaciones, y los mensajes paternales,  
 allí, donde se instalan las musas, los héroes y los amantes,  
 allí, nosotros, y aquí, en la amarrada isla reunidos,  
 juntos en floreciente jardín,  
 donde canto y primavera son hermosos  
 y, de nuevo, el alma empieza un año.

## El vagabundo

En tanto del Olimpo llovía fuego  
 contemplaba yo, viajero solitario, la sequedad africana,  
 tan dulce como la vez en que las montañas, aquí mismo,  
 construyeron la frontera entre la altura y la profundidad  
 con resplandor de dioses. Pero de ellas no surgió  
 bosque alguno, verde y fresco, en aquel aire tonante,  
 señorial y voluptuoso.  
 No hay guirnaldas que cubran la frente de los montes,  
 ni vertiente que alcance al valle,  
 aunque aquéllos conozcan tantos elocuentes arroyos;  
 ningún techo hospitalario luce entre los árboles.  
 Entre los matorrales se detuvo un noble pájaro sin canto,  
 pero el vagabundo huyó rápidamente, siguiendo el vuelo de las cigüeñas.  
 No te imploré por agua, Naturaleza. En el desierto  
 el fiel camello me protege con su agua preciada.  
 Al oír el canto del bosque imploré, ay, por el jardín paterno,  
 la consabida patria de pájaros errantes.  
 Pero tú hablaste: también hay aquí dioses que gobiernan  
 y su gran poder se ejerce con gusto sobre la trama de los hombres.

Tu dicho me impulsó nuevamente a buscar al otro,  
 y me embarqué desde lejos hacia el polo norte.  
 Tranquila, en su vaina de nieve, dormía allí la encadenada vida,  
 y el helado sueño perseveraba por años.  
 Entonces la tierra se abrazó largamente al Olimpo,  
 como los brazos de Pigmalión se unieron en torno de la amada.  
 Él no conmueve aquí su seno con miradas solares  
 ni le habla amistosamente con la lluvia y el rocío.  
 Esto me asombró y hablé con insensatez: Oh, tierra madre,  
 ¿por siempre has quedado viuda del tiempo?  
 Nada hay en ti que conciba, nada que auxilie al amor;  
 como la muerte, el viejo se desconoce en el niño.  
 Quizá te entibie el resplandor del cielo,  
 en el árido sueño su aire se ablanda para ti  
 puesto que has hecho estallar su recipiente de bronce, como una semilla,  
 y se ha disuelto al dispersarse, y la luz saluda la unidad del mundo,  
 todas las fuerzas reunidas se inflaman en la gozosa primavera,  
 arden las rosas y el vino bulle en el norte mezquino.

Tal dije y regresé junto al Rhin, en la tierra natal,  
 dulcemente, como antes, el aire juvenil sopló en mi cara  
 y abiertos árboles dignos de confianza que una vez me acunaron en sus brazos  
 ensancharon mi incierto corazón,  
 y el sacro verdor, testigo de los venturosos, profunda  
 vida del mundo, frescamente me reunió con los jóvenes.  
 He envejecido errando y el polo de hielo me ha vuelto pálido  
 y en el fuego austral perdí mis rizos.  
 Pero cuando alguien, así sea en sus últimos días mortales,  
 así sea sólo con el alma, se acerca y vuelve a ver su tierra,  
 logra que la cansada mejilla reflorezca,  
 y que el ojo casi apagado vuelva a arder.  
 ¡Sagrado valle del Rhin! Toda colina tiene su viñedo  
 y con sarmientos y con pámpanos trenzan sus guirnaldas muros y jardines;  
 con torrentes de santo licor se colma la nave;  
 el país y las islas están ebrios de vino y de frutos;  
 sonriente y digno descansa en la altura el viejo Taunus  
 y, coronada de encina, cae la cabeza del amante.

Envuelto en nubes de luz surge del bosque el ciervo,  
 en la altura del aire señorea el halcón,  
 pero, abajo, en el valle, donde las flores se aproximan a la vertiente,  
 plácida se extiende la aldea sobre la pradera.  
 Todo es calma. A lo lejos murmura el siempre laborioso molino  
 pero las campanas me advierten la declinación del día.  
 Amables resuenan la guadaña martillada y la voz del pastor  
 que guía con placer los pasos de sus bestias hacia el corral,  
 amable el canto maternal de la mujer que adormece a su hijito en la hierba;  
 saciado de visiones, también me adormezco; pero se han enrojecido las nubes  
 y arde el lago junto al cual el follaje cubre de verde  
 la abierta puerta de la mansión en cuyas ventanas juega la luz de oro,  
 allí me reciben la casa y la familiar tiniebla del jardín  
 donde, en aquel tiempo, amorosamente, mi padre cultivaba sus plantas y a su hijo,  
 donde, libre como un ave, jugué con los ramajes del aire  
 y, en el fiel azul, contemplé la floresta desde la cima.  
 También eres fiel, también lo son los fugitivos que se quedan,  
 cuando se identifican, como yo, con el amistoso cielo de la patria.

Aún maduran para mí los duraznos y me asombran las flores;  
 casi como un árbol se alza, señorial, el macizo de rosas.  
 Denso de oscuros frutos se ha vuelto el cerezo  
 y la ávida mano se enriquece con ambos.  
 También, como entonces, en el amado follaje del jardín,  
 el sendero que lleva al bosque y al arroyo,  
 donde anduve navegando, anheloso, alegre el ánimo  
 por el honor que me esperaba entre los hombres;  
 poderosos fuisteis, pensamientos de entonces, cuando  
 debí atravesar desiertos y mares.  
 ¡Ay! Vuelvo a buscar, como antes, al padre y a la madre.  
 ¿Dónde están? ¡Guardián de mi casa! ¿Callas? ¿Vacilas?  
 También yo he vacilado, contando los pasos,  
 aproximándome; estoy, como el peregrino, silencioso, inmóvil.  
 Ve adentro y anuncia al extranjero, al hijo,  
 que abra yo mis brazos y me reciban con una bendición.

¡Débil y ansioso espero en el umbral!  
Pero ya advierto su santa lejanía. Su amor no volverá.

¿Padre y madre? y aunque vivan algunos amigos,  
nuevas conquistas han logrado y ya no me pertenecen.  
Como entonces volvería a los viejos que saben los nombres del amor,  
para que conjuren mi corazón, si es que aún late,  
como entonces. Pero callarán. Así es como el tiempo  
une y separa. Les parezco muerto, y ellos a mí.  
Heme aquí solo. Pero sobre las nubes estás, éter,  
padre de la paterna tierra, y también vosotras,  
tierra, luz, tres dioses eternos y únicos, poderosos y amantes,  
protectores de la unidad indestructible.  
Aún lejos de vosotros seguía perteneciendo a vuestra familia.  
Amigos: tras la experiencia, retorno.

¡Al pie de las cálidas montañas del Rhin colmo mi copa con la opulencia del vino!  
Yo, el navegante, brindo: primero por los dioses, y por los recordados  
héroes; luego por vosotros, fieles padres y amigos.  
La inquietud y todas las penas serán olvidadas rápidamente,  
mañana, cuando vuelva a estar entre los míos.

## El camino hacia el terruño

¡Amigo, ven al aire libre! Ahora sólo hay luz a lo lejos  
y el resto del cielo nos estrecha.  
Ni el fugitivo bosque ni la montaña importan  
tras el deseo, y exhausto descansa el aliento del canto.  
El día está nublado y, somnolientos, calles y caminos:  
el tiempo parece volverse de plomo.  
Tintinea nuevamente el deseo, reclamando sus fueros,  
sin dudar sobre el provecho de la hora única, pero el placer  
cede ante el día. Venzamos al cielo y regocijémonos:  
también él rehúsa al niño, hijo de dioses, pero termina codiciándolo.  
Dichos, pasos, inquietudes, enriquecen la victoria.  
¡Totalmente verdadero sea el gozo!  
Cuando demos comienzo a lo deseado, mía es la esperanza  
de que nuestra palabra se disuelva y el corazón haya partido  
y de la frente ebria surjan altas visiones  
similares a nosotros, floración celeste,  
y de la abierta mirada mane abierta luz.

Lo que deseamos parece, por igual, alegre y afortunado,  
pero no es poderoso, aunque pertenezca a la vida.  
Antes que el verano, vuelven al terruño las golondrinas,  
trayendo prosperidad, sobre todo una de ellas.  
Los huéspedes que la casa atrae con su provecho razonable  
se complacen escuchando los refranes del lugar;  
deseo del corazón y medida del espíritu, ante ellos se abre  
lo más rico y lo más bello: la plenitud de la tierra,  
alimento y danza y canto y coronas para los amigos de la ciudad  
y el anheloso viaje al monte.